

# La cabeza de un venado

Eduard Pereira J.

*epereira05@gmail.com*

Yo soy la cabeza de venado que estaba en el desván. A mi lado solían estar un balón de rayas rojas tan descoloridas que se hacían blancas, dos cajas con fotos y libros, una mesa rota y un baúl enorme y viejo. Allí guardaban cobijas. Lo supe porque una vez se llevaron una, pero nunca volvieron por ella. No volvían por muchas cosas.

Recuerdo que el techo del desván era de madera y se podían contar, a pesar del polvo que hacía lo suyo con todos nosotros, ocho vigas de un marrón perfecto. Si tuviese patas podría decir que estaba patas arriba, pero solo soy una cabeza. Así que estaba boca arriba, con un ojo mirando al baúl y con el otro al balón viejo.

Mi oído es bueno; percibo al exterior con cierta claridad y me siento pleno. Si no hay mucho ruido, puedo sentir el batir de las alas de un pájaro cruzando el jardín o el crujir de la madera calentándose con el sol. Amo el rumor que hace la vida al moverse. Mis sonidos preferidos son los que surgen cerca al techo cuando la lluvia acaricia las tejas y el mundo parece comenzar de nuevo.

Créí que me quedaría así para siempre, que las arañas que habían tejido sus redes en mis astas serían mis compañeras eternas. Deberían saber lo silenciosas que son las arañas. No son buena compañía, sobre todo cuando puedes sentir las, pero no verlas. En varias ocasiones les pregunté por qué adornaban mi cornamenta con sus hilos cuando por allí no pasaba ni una mosca. No encontré respuesta. Solo el *chischís* de su tejer o su mutismo. Es posible que su interés sea meramente decorativo. ¡Vaya uno a saber! Con quienes no hablan uno se la pasa suponiendo cosas y siempre se equivoca.

El que sí hablaba mucho era el ratón. Creo que vivía en el techo o junto a la ventana del desván que daba al jardín. A lo mejor tenía varios lugares para pasar sus sueños. Nunca pude saberlo. Tampoco quise meterme en eso.

El ratón me visitaba con regularidad. Se sentaba a mi lado y se comía una hoja de un libro mientras contaba historias. Si tuviera patas o algo parecido a manos, con seguridad escribiría una novela con las historias del ratón, pero tampoco tengo ese talento y quedaría solo como un transcriptor y así no vale. Tampoco quiero tener patas, ni manos. Me gusta ser lo que soy. No deben de existir muchas cabezas de venado en el mundo, creo yo. Por lo menos que hablen como yo lo hago. Es bueno ser diferente.

Todo transcurría normal hasta que un día vendieron la casa. Se llevaron todo, de todos los pisos, menos lo del desván. Creo que fue una venta apresurada y triste. Escuché llantos y lamentos revueltos con el ruido de empacar los trastos. A pesar de no estar tan cerca, me daba cuenta de lo que pasaba y me entristecía con ellos. Tal vez por eso el polvo no cubrió mis ojos. Las lágrimas limpian la mirada y serenán el resto.

Hasta el ratón lloraba a veces. Oculto en la penumbra lo sentía suspirar, pero de eso no se hablaba. Cada uno guardaba sus lágrimas, teníamos suficientes en la casa, no queríamos lo mismo en nuestro empolvado rincón.

La historia completa del viaje de los dueños hacia otra ciudad me la contó el ratón una tarde que se sentó en la ventana a mirar el jardín.

—Me gustan los sucesos —dijo solemne, al terminar, como quien anuncia un premio.

—Hablas igual que los periódicos que te comes —le dije.

—Hace ya un mes que se fueron. No creo que volvamos a verlos. No solo el queso se había acabado en la despensa. La muerte y la pobreza no caben en una casa tan grande.

Se fueron y solo quedamos el ratón y yo haciéndonos viejos. Ya no hubo gritos de niños, ni tacones de señoras, ni puertas que se cerraran, ni ventanas que se abrieran haciendo ruidos de sol. Nos quedamos solos. Salvo el viento que sacudía algunas cosas y que a veces nos pasaba a saludar al desván. Susurros, holas, alguna breve historia. No se debe esperar más. Siempre tienen prisa; llegan, sacuden un poco y se van. Los vientos no hablan mucho, no tienen tiempo, pero hablan un más que las arañas y eso para mí los hace mejores compañeros.

Cuando el ratón comenzó a repetir historias, a falta de otras, llegaron los nuevos dueños: un hombre adulto y un niño. Revolotearon varios días por la casa. Al principio, hubo mucho ruido, mucha gente, mucho ajeteo. Luego, quedaron ellos dos y la casa recuperó un poco el silencio.

El niño exploró cada rincón de la casa. Lo sentía moverse por los cuartos, lo escuchaba saltar en el jardín, deslizarse en las escaleras, mover platos en la cocina y, claro, finalmente, el turno de la exploración le llegó al desván. Fue él quien me encontró y salió conmigo corriendo como un trofeo.

—¡Ponlo en la sala, papá! ¡Ponlo en la sala! —gritaba el niño, feliz, y yo con los ojos que se me querían salir del más puro miedo.

Intenté hablar, pero estaba mudo. Además, creo que, si hubiese hablado, ellos no habrían escuchado tampoco. Mis palabras no tienen sonidos fáciles de entender, están solo en mi cabeza, muy adentro de mi cabeza y ellos no saben cómo llegar allá. El ratón sí sabe, de tanto comer libros se ha vuelto un poco inteligente, sabe leer hasta la mente de un venado.

Ahora estoy en la sala, como el niño quería, frente a la ventana. Junto a mi ojo derecho está el cuadro de una señora hermosa, quien debe ser la madre

por la forma en que ambos la miran, aunque no la mencionan mucho. Así es el dolor, trae consigo silencios. Al lado de mi ojo izquierdo pusieron una pintura de un bosque. Juraría que hay un venado en medio de los árboles, pero nadie ha dicho nada. La pintura es vieja y no todos ven tan bien como lo hago yo, ni perciben los olores como yo lo hago. Yo sé cuándo están llegando a casa, incluso sin oírlos. He aprendido a reconocer su olor.

Cuando los dueños de casa están dormidos, el ratón me visita. Se queja de que le duele el cuello de mirarme hacia arriba, que antes estábamos más iguales y que ya parezco el rey de esta sala. También le duele que nuestra comunicación se limite a las noches. Se le olvida que podemos hablar sin vernos. Se lo recuerdo. Refunfuña y con eso entiendo que me ha dado la razón. Es un poco soberbio. Yo sé que le han gustado los cambios de la casa. Uno de ellos son las historias. Soy yo quien las cuenta ahora, ya sea porque las escucho de ellos o porque las veo pasar por la ventana y las aprendo.

—Creo que estoy gordo —me dice mirando su barriga.

—Es que aquí hay mucho más que tus amados quesos.

A las arañas no las volví a ver porque una señora viene cada fin de semana y asea hasta los más oscuros rincones. Encuentra en eso placer, lo digo porque canta todo el tiempo. Hasta a mí me hace cantar por dentro. Todo es impecable los sábados por la tarde. Nunca mis ojos han estado tan brillantes, pero no sé si es porque ella los limpia con un aceite muy fino o porque soy feliz. Creo que es por esto último, en eso ha insistido el ratón. 🐭